

LA GUERRA DEL DINERO

EDUARDO HARO TECLEN

LA reducción del número de rehenes en el interior de la Embajada de Estados Unidos en Teherán, apoyada en las necesarias normas demagógicas para encontrar una justificación —los negros, porque son víctimas de una discriminación racial en su país; las mujeres, por el "tradicional respeto" del Islam por la mujer...—, reduce la anécdota por la cual existe la crisis entre Estados Unidos y el Irán y responde con esa reducción a la producida por Washington al dejar decir que el Sha saldrá pronto de Estados Unidos para regresar a Méjico. Pero la sostiene. Es la situación necesaria para que la guerra continúe en otro terreno al que se ha desplazado: el de la economía. Jomeini parece seguro de que esta guerra puede ser más dañina para los Estados Unidos que para su propio país. Washington está seguro de su fuerza en ese terreno. Es la condición imprescindible para todas las guerras: que cada una de las partes crea que puede ganar. Pero en este caso el tema excede de las dos naciones en pugna y todo el mundo está implicado en esa forma de guerra. Las armas son el petróleo y el dólar. Sus movimientos nos afectan a todos. Las condiciones de esta guerra pueden cambiar, en una medida imprevisible —poco o mucho—, las condiciones del mundo.

La ventaja relativa del Irán en esta guerra económica es que tiene una preparación psicológica y física para la pobreza: vive en ella. El gran dinero del petróleo benefició muy escasamente, o nada, a las clases populares que hoy ocupan el poder. Se lo llevaba el Sha y su grupo, se beneficiaban de él ciertas multinacionales, los propios Estados Unidos y una estructura militar enormemente onerosa; algunos beneficios llegaban a una clase media pequeña y a una casta de funcionarios más bien prevaricadores y corruptos que bien pagados: su paga estaba, sobre todo, en el abuso del poder. Estas fueron las causas de la revolución, de la que el revestimiento religioso no era más que una parte. Ese revestimiento en sí formula, a su

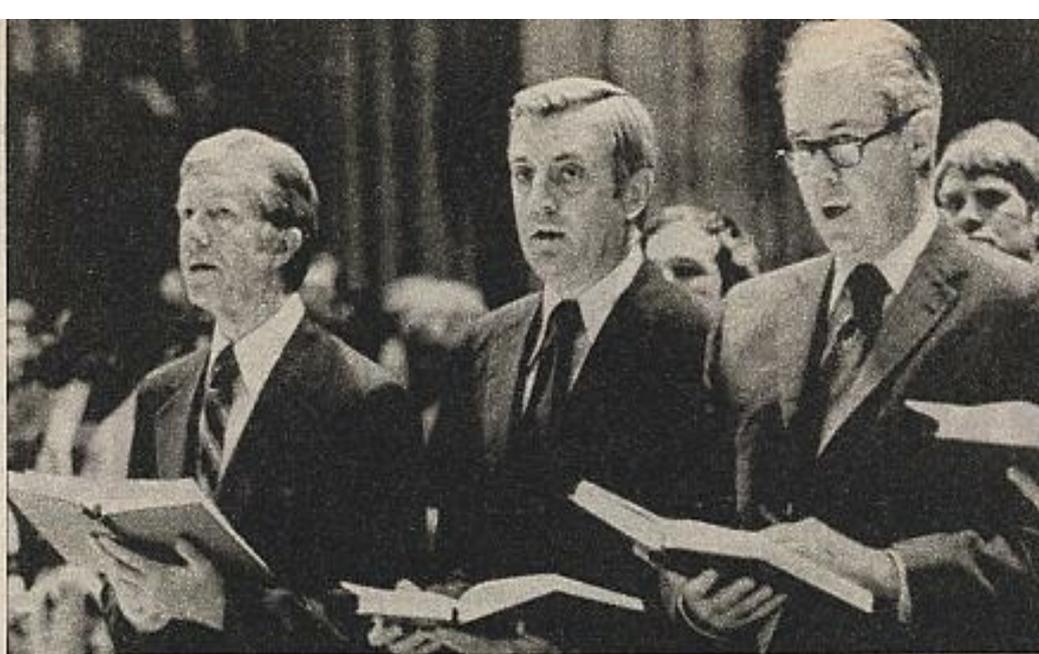
vez, una predicación de austeridad. La caída del Sha, el triunfo de las premisas revolucionarias, comunicó al pueblo una sensación de euforia y triunfo que son las que producen, tiempo más tarde, el desencanto o el decaimiento cuando al esfuerzo no sigue una mejora práctica y visible de vida individual y colectiva. Si aparece a tiempo una "causa nacional", la tensión puede mantenerse. Jomeini puede explicar a su pueblo que el fruto de la revolución no se puede recoger hasta que desaparezca el imperialismo de Estados Unidos: la revolución no ha terminado, tiene que continuar. La acogida del Sha en Estados Unidos es una imagen viviente de esa colusión. No es un pretexto, es una realidad: Estados Unidos siguen dominando el mercado mundial del petróleo, por sí o por sus compañías; si-

guen dominando el contexto en el que está inscrito el Irán. La Embajada puede señalarse como un símbolo, sus funcionarios, como unos agentes de esa acción. Aun fuera de todas las leyes internacionales, de todos los convenios, de todas las morales al uso y de una serie de convenciones que sin duda suponen una mejora general en el mundo, Jomeini está en condiciones de dar un sentido a la ocupación de la Embajada y del mantenimiento de rehenes. A corto plazo le es conveniente. Y cree que en ese plazo corto puede ganar. Cuando los Estados Unidos declaran la guerra económica negándose primero a adquirir petróleo en el Irán y recomendando a sus aliados lo mismo —es algo que no se ha aclarado: parecen más bien gestiones secretas— y bloqueando después el dinero de Irán de-

positado en Bancos de los Estados Unidos, toma unas medidas enormemente graves, totalmente inhabituales. Jomeini reacciona diciendo que los Estados Unidos roban su dinero, que cometen un acto de piratería. Y anuncia a su vez que no aceptará el pago en dólares de su petróleo, sea cual sea el país que lo compre. Para reforzar la impresión de seguridad, advierte que está cansado y que va a tomarse unas breves vacaciones: hasta el 5 de diciembre. Con lo que quiere indicar que el asunto está, por su parte, decidido por ahora.

La medida de Carter no es tan fácil de tomar. El dinero del Irán no está solamente en Bancos situados en Estados Unidos, sino en Bancos filiales de Estados Unidos en numerosos países del mundo: no tienen extraterritorialidad y han de funcionar con





El Presidente Carter, el vicepresidente Mondale y el secretario de Estado, Vance, rezan por los rehenes en la catedral de Washington.



Negros y mujeres han sido los primeros liberados: Ladell Maples, Kathy Groos y el sargento Gaurles.

arreglo a las leyes de los países en que están instalados. Bloquear un depósito requiere, muchas veces, una orden o una autorización judicial: debe existir la sospecha de que el dinero está adquirido en condiciones ilegales o que su depositario está fuera de la ley. El bloqueo de fondos de un Estado decidido por otro sienta un precedente jurídico peligroso. Y una sensación de desconfianza considerable. Se calcula que en los Bancos de los Estados Unidos y en sus sucursales en el extranjero hay unos 70.000 millones de dólares depositados por otros países; una gran parte de ellos, de los países petroleros. Pueden empezar a sentir el temor ahora de que una dificultad seria con los Estados Unidos les lleve a una situación parecida y comenzar a retirar sus cuentas: a hacer sus depósitos en Londres o en Franc-

fort, desde luego en Suiza. Pueden empezar a pensar que el dólar no es una moneda que ofrezca suficiente garantía, porque está sometida a las decisiones de un Presidente. Por otra parte, los Bancos no son instituciones benéficas: son los depósitos de dinero los que producen su negocio. Una enorme masa de dólares como la que acaba de ser inmovilizada —no se saben con certidumbre las cifras reales: Irán habla de mil millones de dólares, Estados Unidos de cinco mil millones de dólares— repercute en una cantidad inmensa de negocios en marcha. Amenaza la economía europea, la convertibilidad del dólar, el sistema monetario.

Por la otra parte está la cuestión del petróleo. La restricción es doble: los Estados Unidos anuncian que no comprarán más

petróleo al Irán, éste anuncia que no venderá más petróleo a Estados Unidos. Por lo tanto, los Estados Unidos tienen que comenzar a abastecerse de otros países, algunos de los cuales no lo quieren vender porque juega una cierta —muy relativa— solidaridad con Irán (Libia ha sido el primer país en anunciar su restricción de ventas). Uno de los problemas del petróleo es el de la escasez —el del cupo—. Si los Estados Unidos aparecen como compradores de petróleo en otros mercados, para sustituir los 700.000 barriles diarios que adquiriría en el Irán, los otros países occidentales se encontrarán con dificultades de abastecimiento, sobre todo si siguen las instrucciones de Washington de no comprar en el Irán. Japón ha advertido ya que no va a poder prescindir del petróleo iraní; Holan-

da tampoco. En Gran Bretaña y en Alemania el petróleo lo adquieren firmas privadas y no el Gobierno, que teóricamente no puede obligarlas a cambiar de mercado. Todo ello arroja una enorme confusión sobre un mercado ya enrarecido y peligroso: se dificultan los suministros, los precios suben. Todo ello dentro de una crisis general y en el momento en que comienza el invierno. Si el Irán exige el pago en otras monedas que no sea el dólar todo se hace aún más complejo.

Todo se produce, además, dentro de grandes contradicciones políticas. Para los medios financieros europeos, para los Gobiernos que actualmente dirigen Europa, fuertemente conservadores, cualquier medida de contención del Irán es bien acogida. Por sí misma y por el ejemplo. Interesa, como siempre, congelar las revoluciones en los países de mano de obra barata y de materias primas necesarias. Pero surgen rememoraciones de "cinturones económicos" pasados: el bloqueo de Rusia a raíz de su revolución, el de China o el de Cuba. Todos ellos sirvieron, a la larga, para endurecer esas revoluciones y darles un alcance mayor incluso del que tenían en un principio. Podría suceder lo mismo en el Irán. Y el Irán no está solo. Infiere sobre una serie de zonas afines: el mundo árabe, el islámico, la zona asiática en que está enclavado, los países limítrofes.

Por eso hay una reacción doble a la acción de Carter. Una, inmediata, su aplauso a sus medidas enérgicas, de solidaridad con la acción frente al chantaje y a la violación de principios internacionales. Otra de desconfianza, de miedo, de inseguridad: de no saber dónde puede terminar la guerra del dinero.

Es, naturalmente, muy fácil decir que Carter se está jugando su carrera en este momento. Pero la verdad es que lo menos importante en toda esta crisis es la carrera de Carter y la imagen de Jomeini. Es la posible perturbación de todo el orden económico occidental. Y el miedo, lejano al principio, un poco más próximo después, a que toda esta guerra económica, si no encuentra salidas convenientes y prácticas, puede llegar a terminar donde terminan todas las guerras económicas que no se pueden parar a tiempo: en la guerra pura y simple. Con unas implicaciones cuyo cálculo pertenece a lo infinito. ■